

Título: "INCLEMENTE DEPRESIÓN"

Amanece. Pero, a él, las madrugadas no le parecen madrugadas.

Es lunes de diluvio, frío y casi cruel, tiempo desapacible que las vidas enturbia.

En su mente anida un mustio pesar a caballo entre la angustia y la desesperación. Es la despiadada e inclemente depresión que le clava su aguijón de pesadumbre y le impide dormir.

Lejos de alegrarse por el placer de una nueva alborada, le sigue asaltando su propio desasosiego, punzante como cristales clavados en los músculos del alma.

El cielo exhibe un mustio color blanquecino amenazante. Es un cielo intimidado por plúmbeas nubes trashumantes que amenaza tormenta en cada nueva mirada.

Ha soportado otra noche disfrazada de bronca vigilia, otra noche más de cruel insomnio, amenazante centinela de la espera culebreando entre las primeras luces, custodiando instantes, como si tratara de ocupar el vacío entre una ola y otra como la mordedura de la inquietud en la piel indefensa tratando de engañar a la falsa pose del sueño.

Nunca le asustó la soledad. Incluso, a veces, deliberadamente la buscaba. Pero esta soledad, recluido en su casa cual eremita desgajado de su entorno y de su tiempo, es indeseada y dolorosa. Es que, en su estado, la soledad no sabe ser ella misma.

El clamor insonoro de la habitación es angustioso. Es, de nuevo, ese maldito y estruendoso silencio que construye los más disímiles vacíos. Conformar

somnolencias adheridas a la noche quejumbrosa como un piélago propio en pie de guerra, como prefijadas dolencias de la sangre íntima.

Adivina trémulas sospechas en los posos del primer café que revelan una aprensión irrefrenable. Apurando el primer cigarrillo del día siente busca en vano aliviar la crudeza de otro triste día más. Es su hora de nigérrimo charol que se impone indómito y brutal.

Su intento de salir a la calle queda en una infructuosa tentativa, una impotencia insuperable esculpida en su mente por el deprimido ánimo que le atenaza. Y desiste.

Decide poner negro sobre blanco porque necesita escribir para sentirse vivo. A veces, paradójicamente, cuando escribe, al calor del corazón, se le hiela la sangre y arriesga una idea en cada renglón. Tiene miedo a quedarse sin vocales, a llorar consonantes...

En este periodo taciturno y desalmado, la escritura le empuja a buscar con ambición el mejor de los vocablos hasta encontrar en la marea de cientos de líneas garabateadas el agua que disuelva lentamente la intemperancia de la inquietud avariciosa de la búsqueda, del indómito piélago interior que le ahoga.

Quizás sean secuelas psíquicas del nefasto abatimiento que le abrume. Son como aguaceros de disculpas emitiendo vapores que empañan sus ojos con sus propios latidos. La tensión anida en su alma disfrazada de angustia y mordisquea su piel ya sobradamente lacerada. Hasta el propio cansancio le duele.

Para él, el tiempo, disfrazado de tristeza, ha dejado de ser un aviso convirtiéndose en intimidación consumada. Su discurrir, paradójicamente pausado y vertiginoso, se impone insobornable. Se ha tornado taxativa su enquistada cadencia.

La inflexible amenaza de un miedo astifino le martiriza vomitando desesperanza a quemarropa con un incontenible decaimiento irracional y una hiriente inquietud que le agobia gestando una cruenta languidez.

Le centellean los temores y las lágrimas secas como huidizos jirones de salitre.

Mascullando pulsaciones de melancolía le sacude como un escalofrío de cristal. Todo se le antoja irreal y fugitivo como los golpes de un ala. Le invade un torvo silencio de hielo que ansía ser narcotizante y le hiela la sangre hirviente.

Fosilizados miedos se tornan ecos en su mente cual solitarios silencios ensordecedores. Son espectros inasibles, tristezas como cuerpos sonoros llenos de cobardía abiertos en la piel. Tiene el alma ahíta de temores, negros copos que nievan en su mente, que le oprimen las cuencas de mis ojos depredando ilusiones.

Es una ansiedad inmisericorde que le invade las entrañas y le corroe las más íntimas oquedades del espíritu. Siente que la tristeza es un infierno que le estruja a su antojo y la soledad es un chorreo de sangre e íntimos soliloquios.

Es como una soledad a punto de ser rota por otra soledad.

Sus ojos rasgan la piel de los cristales reclamando una brizna de esperanza.

Por eso escribe. Para sentirse vivo.